

NEW LEFT REVIEW 100

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2016

	EDITORIAL	
SUAN WATKINS	¿Soltando amarras?	7
	ARTÍCULOS	
MALCOLM BULL	Ablandar el Estado	39
TONY WOOD	Espejos oscuros	61
PERRY ANDERSON	Los herederos de Gramsci	79
NANCY FRASER	El capital y los cuidados	111
MICHEL AGLIETTA	La desaceleración estadounidense	133
	CRÍTICA	
ROB LUCAS	La máquina libre	146
EMMA FAJGENBAUM	La cultura de la auditoría	163
DAVID OWEN	Los conformistas	172

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

ts
td traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

ABLANDAR EL ESTADO

LA PERSISTENTE NOTORIEDAD de Maquiavelo se deriva de su disposición para ofrecer un consejo político a cualquiera y de su reconocimiento de que semejante consejo puede diferir radicalmente según las circunstancias. La respuesta a la pregunta «¿qué diría Maquiavelo?» siempre va a ser interesante, porque Maquiavelo no tiene un conjunto de principios abstractos de los cuales se puedan deducir sus respuestas. Su análisis trabaja solamente con motivaciones internas a la situación de la que se trate y surge sin las habituales limitaciones colaterales. Por esa razón siempre puede sorprender, ya que describe lo familiar en términos no familiares y sitúa los medios y los fines en una novedosa relación.

Para beneficiarse de su consejo, el lector moderno tiene que reinterpretar los ejemplos históricos de Maquiavelo y aplicarlos a los acontecimientos contemporáneos. El propio Maquiavelo trabajaba de esa manera, haciendo incursiones tanto en la antigüedad clásica como en la historia de Italia, buscando material aplicable a las crisis políticas del siglo XVI. Desde la derecha, recientes interpretaciones han encontrado en Maquiavelo un ideal de autogobierno, que ofrece una alternativa a los relatos libertarios de la libertad negativa. Paralelamente, teóricos de la izquierda se han centrado en dos temas divergentes. Algunos, siguiendo a Gramsci y a Althusser y basándose principalmente en *Il principe*, ven a Maquiavelo como un profeta del cambio impredecible y de la ruptura histórica, que ofrece a todo aquél que pueda dominar a la fortuna la posibilidad de hacer cosas nuevas¹. Otros, especialmente Chantal Mouffe, utilizan los *Discorsi sopra la prima Deca di Tito Livio* (1513-1519) para

¹ Por ejemplo, Gopal Balakrishnan, «Futuro desconocido», *NLR* 32, mayo-junio de 2005.

sostener que Maquiavelo es, por encima de todo, el teórico del inextirpable antagonismo político, cuya idea fundamental es que los intereses del pueblo y de la nobleza siempre están enfrentados².

En estos últimos casos, el problema que se consulta a Maquiavelo es siempre el mismo: la capacidad de recuperación del Estado-nación liberal-democrático (ahora neoliberal) que hasta ahora ha demostrado ser inmune a la transformación revolucionaria y tenazmente resistente a la reforma gradual. ¿Hay algo que hacer al respecto? Maquiavelo no proporciona una respuesta directa y en parte ello se debe a que no está familiarizado con los términos del problema. Pero también a que, desde su perspectiva, es imposible prescribir ningún remedio sin saber si la sociedad en cuestión es una sociedad corrupta.

Para Maquiavelo, la corrupción es destino. Como muestra su análisis de los primeros años de la historia de Roma, una república puede sufrir pocos daños a no ser que esté corrompida y recibir alguno si lo está³. Cuando los reyes romanos, los Tarquinos, fueron expulsados, la república pudo obtener y mantener su libertad; sin embargo, cuatrocientos sesenta y cinco años después, cuando César fue asesinado, no pudo hacerlo. Unos resultados tan diferentes solo pueden deberse al hecho de que «en tiempos de los Tarquinos la población de Roma no estaba corrompida todavía, pero en el periodo posterior era extremadamente corrupta»⁴. La consecuencia evidente es que la corrupción tiene que evitarse a toda costa, pero a largo plazo no hay escapatoria, porque la corrupción es el inevitable cambio que el paso del tiempo produce en los Estados. Todas las instituciones, tanto religiosas como políticas, tienen algo bueno al comienzo, pero a medida que pasan los años se vuelven cada vez más corruptas a no ser que algo o alguien intervenga para producir una renovación. Un pueblo que recupera su libertad solamente puede conservarla si está libre de corrupción, pero esa libertad a menudo se pierde por medio de la corrupción de los mismos medios que deberían preservarla y, una vez establecida, nunca puede ser revertida por métodos normales⁵.

² Chantal Mouffe, *On the Political*, Londres, 2005, p. 7.

³ Niccolò Machiavelli, *The Discourses*, Harmondsworth, 1970, p. 426 (3.8) y p. 154 (1.16) [ed. italiana: Antonio Panella (ed.), *Niccolò Machiavelli, Opere*, vol. 1 y 11, Milán, 1939; ed. cast.: *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid, 2016].

⁴ *Ibid.*, p. 158 (1.17).

⁵ *Ibid.*, pp. 386 (3.1), 162 (1.18) y 160 (1.17).

Para Maquiavelo, la corrupción consiste en apreciar el bien privado por encima del público y su causa está en la división en facciones, que buscan beneficiarse y por ello proponen leyes «no por el bien de las libertades comunes, sino para aumentar su propio poder»⁶. Las facciones son el resultado de la ociosidad y se alimentan de la desigualdad, que es lo que creó las divisiones entre patricios y plebeyos en la Roma republicana y entre los nobles y el pueblo (y más tarde entre los ricos y los pobres) en la Florencia medieval⁷. La ociosidad por ello constituye el punto de inflexión dentro del ciclo histórico en el que los resultados positivos de la buena gobernanza se vuelven negativos: «La virtud es la madre de la paz, la paz produce ociosidad, la ociosidad engendra desorden y el desorden trae la ruina»⁸.

En estas circunstancias, evidentemente es fundamental ser capaz de establecer si un Estado es o no es corrupto y en qué punto se encuentra dentro del ciclo de la corrupción. Por ello, en el capítulo 17 de los *Discorsi*, Maquiavelo ofrece lo que equivale a un test de evaluación:

Entonces es posible llegar a esta conclusión: cuando el material no es corrupto, los tumultos y otros problemas no causan daño, pero cuando sí lo es una buena legislación no supone ninguna ayuda, a no ser que la ponga en marcha alguien en una posición tan extremadamente fuerte que pueda imponer la obediencia hasta el momento en que ese material se haya vuelto bueno⁹.

De acuerdo con esta hipótesis, los Estados que pueden resistir los tumultos sin sufrir daños no son corruptos, mientras que aquellos que no pueden hacerlo demuestran que ya están invadidos por la corrupción. La prueba se encuentra en la historia protagonizada por Tito Livio, en la que la ausencia de corrupción es la razón de que los numerosos tumultos que se produjeron en Roma «no causaran daño, sino que, por el contrario, supusieran un beneficio para esa república»¹⁰.

⁶ *Ibid.*, p. 162 (1.18). El consejo de «vivir sin facciones, [y] de estimar el bien privado menos que el público», procede de N. Machiavelli, *The Art of War* (1.33) [ed. cast.: *El arte de la guerra*, Buenos Aires, 1999]. En tiempos de Maquiavelo, la «corrupción» no había adquirido la moderna asociación con el beneficio monetario.

⁷ N. Machiavelli, *The Discourses*, cit., pp. 360 (2.25) y 160 (1.17).

⁸ N. Machiavelli, *The Florentine Histories*, Nueva York, 1845, 5.1 [ed. cast.: *Historia de Florencia*, Madrid, 2009].

⁹ N. Machiavelli, *The Discourses*, cit., p. 159 (1.17).

¹⁰ *Ibid.*, p. 159 (1.17).

Roma: tumultos inofensivos

Como de costumbre, a Maquiavelo le encanta una conclusión que va en contra de la intuición y se lanza a defenderla. Imagina que alguien objeta que los tumultos de la antigua Roma eran prácticamente actos de barbarie: «Mirad cómo la gente solía reunirse y clamaba contra el Senado y cómo el Senado denunciaba al pueblo, cómo los hombres corrían atropelladamente por las calles. Cómo cerraban las tiendas y cómo la plebe *en masse* abandonaba Roma». La respuesta de Maquiavelo es que es un error centrarse en el ruido y en la conmoción en vez de en sus resultados. En toda república hay una división entre el pueblo en general y la clase alta, y «toda la legislación favorable a la libertad procede del conflicto entre ellas». Por esta razón todas las ciudades deberían proporcionar alguna salida a las ambiciones de la población, especialmente si esperan implicarla en proyectos militares o de otro tipo¹¹.

Aquí Maquiavelo se refiere a la lucha que se producía entre patricios y plebeyos en la república romana y, en particular, a la primera secesión de los plebeyos del año 494 descrita por Tito Livio. En medio de una guerra contra las tribus vecinas, la creciente preocupación por el abrumador endeudamiento que sufría la plebe se tradujo en que se negaran a servir en el ejército. En vez de ello, abandonaron la ciudad y levantaron un campamento fortificado en el Monte Sacro donde se sentaron y se pusieron a esperar a ver qué pasaba. Alarmado por la situación, el Senado acordó entablar negociaciones, que llevaron a la creación de los tribunos de la plebe para que representaran sus intereses frente a los cónsules patricios¹².

Utilizando este ejemplo, Maquiavelo sostiene que los críticos deberían juzgar por los resultados: «si los tumultos condujeron a la creación de esos tribunos, merecen la mayor alabanza». Una república no puede ser estigmatizada como un desorden, si «allí se producen ejemplos tan llamativos de virtud, ya que los buenos ejemplos proceden de la buena educación, la buena educación de las buenas leyes y las buenas leyes en este caso proceden de esos mismos tumultos que muchos, tan desconsideradamente, condenan». Realmente, Maquiavelo va más allá al sostener no solo que el carácter inofensivo de los tumultos muestra que la república no estaba corrompida, sino que sin esos tumultos Roma no hubiera alcanzado semejante grandeza¹³.

¹¹ *Ibid.*, pp. 113-114 (1.4).

¹² N. Machiavelli, *The Discourses*, cit., 2.32-33.

¹³ *Ibid.*, pp. 114-115 (1.4), 123-124 (1.6).

Esparta y Venecia: sin tumultos

Para demostrar la cuestión, Maquiavelo pregunta si hubiera sido posible establecer una forma de gobierno, que hubiera evitado estas controversias. Ofrece dos ejemplos de repúblicas «libres de semejantes animosidades y tumultos», una antigua y otra moderna: Esparta y Venecia, ambas repúblicas famosas por su longevidad y, por lo tanto, a menudo consideradas por otros teóricos políticos del Renacimiento como permanentes modelos de virtud política¹⁴. El juicio de Maquiavelo es más matizado. De acuerdo con su descripción (no totalmente exacta), Esparta estaba gobernada por un rey y un pequeño Senado y seguía escrupulosamente las leyes de Licurgo, que imponían la igualdad de la propiedad (aunque no de rango). Tenía pocos habitantes y la inmigración estaba prohibida. La plebe no tenía ningún acceso a posiciones de autoridad, pero contando con el apoyo del rey (que tenía interés en protegerla de toda injusticia perpetrada por los nobles) y disfrutando de la igualdad de la propiedad, no tenían ningún incentivo para buscarla. De acuerdo con Maquiavelo, la exclusión de los extranjeros y el pequeño tamaño de la población hicieron que Esparta «no tuviera ninguna posibilidad de corromperse o de volverse tan difícil de manejar que no pudiera ser dirigida por los pocos que la gobernaban»¹⁵.

Tampoco había tumultos en Venecia porque los habitantes originales retenían el poder como clase y no hacían distinciones entre ellos. Los que llegaban de nuevo no tenían acceso a la compleja maquinaria de la política veneciana y, en cualquier caso, no eran los suficientes como para perturbar el equilibrio del poder. El predominio de la nobleza autóctona se mantenía no solo por su relativa fortaleza numérica, sino por su asidua devoción al comercio frente a la ociosidad caballeresca y por el hecho de que en las guerras no utilizaban a su propia población sino que en vez de ello empleaban mercenarios.

Por ello, Maquiavelo concluye que para que Roma se mantuviera en calma los legisladores romanos hubieran debido elegir una de las dos opciones: «o bien imitar a los venecianos y no emplear a la plebe en sus guerras o bien comportarse como los espartanos y no admitir a extranjeros». Al rechazar ambas, Roma permitió que la plebe aumentara en

¹⁴ *Ibid.*, p. 119 (1.6).

¹⁵ *Ibid.*, p. 121 (1.6).

número y fuerza y así causarían tumultos. Si no hubiera permitido el aumento ni del uno ni de la otra la República hubiera sido más tranquila, pero también más débil, porque «al pretender eliminar la causa de los tumultos también hubiera eliminado las causas de la expansión»¹⁶. Para Maquiavelo es posible organizar un Estado de tal manera que no se produzcan tumultos, pero solamente sacrificando las tropas necesarias para aumentar o defender su territorio. Pese a toda su longevidad, el poder de las repúblicas veneciana y espartana se demostró finalmente sorprendentemente frágil.

Florenxia: tumultos perjudiciales

Aunque en los *Discorsi* no se refiere a ello, Maquiavelo tiene en mente una tercera posibilidad. No solo hay Estados en los que no hay tumultos, o en los que los tumultos no hacen daño, sino también Estados en los que los tumultos socavan desde dentro la fortaleza estatal. Aquí el principal ejemplo está muy a mano: Florenxia, y es en *Florentine Histories* donde se revelan las consecuencias potencialmente desastrosas del desorden interno.

La fuente de todo este conflicto está en las facciones¹⁷. Y la causa subyacente era, como había sido en Roma, el conflicto entre los nobles y el pueblo, que se deriva de «la disposición de unos para mandar y la falta de disposición de los otros para obedecer». El resultado fue el mismo en ambos casos, un tumulto tras otro. Sin embargo, en este aspecto había importantes diferencias entre las dos repúblicas: los tumultos en Florenxia eran más violentos y socavaron el potencial militar de la república; y, por consiguiente, mientras los tumultos en Roma condujeron de la igualdad a la desigualdad de los ciudadanos, los de Florenxia condujeron desde la desigualdad a la igualdad. Según Maquiavelo, la diferencia fundamental era que en Roma la plebe pretendía compartir el control del Estado con los patricios, mientras que en Florenxia el pueblo lo quería en exclusiva para sí mismo¹⁸.

A diferencia de otras repúblicas que solamente tenían una única división social, la que había entre los nobles y el pueblo, Florenxia tenía muchas. En Florenxia, el conflicto entre facciones nunca cesó, porque,

¹⁶ *Ibid.*, p. 121 (1.6).

¹⁷ N. Machiavelli, *The Florentine Histories*, cit., 3,5 cf. 4.27.

¹⁸ *Ibid.*, 3.1.

en vez de tolerar la oposición, los vencedores buscaban destruirla. Una facción permanecía unida solamente mientras era necesario para derrotar a sus oponentes y, después, tan pronto como los había eliminado, se dividía¹⁹. La primera división era entre los nobles, a continuación entre los nobles y los ciudadanos, y finalmente entre los ciudadanos y el pueblo llano. Cada grupo que conseguía el éxito gobernaba exclusivamente en su propio interés y por ello inevitablemente engendraba una nueva facción opositora²⁰.

Tumultos y corrupción

Maquiavelo mantiene que la diferencia entre Estados corruptos y no corruptos se puede comprobar en las consecuencias de los tumultos. En un Estado no corrupto, los tumultos impiden la corrupción creando nuevas instituciones; en un Estado corrupto, la aceleran al fomentar la violencia entre las facciones. Pero aquí hay una potencial contradicción:

1. La corrupción da prioridad a los intereses de las facciones.
2. En una república no corrupta los tumultos no hacen daño.
3. Los tumultos dan prioridad a los intereses de las facciones.
4. Una república no corrupta es una en la que hay corrupción.

Para poder realizar el «test de evaluación» tiene que haber suficiente corrupción para que surjan tumultos. Donde no hay tumultos (como en Esparta y Venecia) se asume que tampoco hay corrupción. En otras partes, la corrupción y los tumultos aumentan juntos. Según Maquiavelo, todas las instituciones tienden a la desintegración y necesitan una renovación periódica. Si semejantes conmociones renovadoras no se producen regularmente hay más corrupción y, con ella, más peligro y más tumultos²¹.

En la república romana no había discontinuidad alguna entre los tumultos que conducían a la renovación y aquellos que eran un síntoma de corrupción. Por el contrario, los primeros conducían directamente a los segundos. Siempre que la plebe quería algo ocasionaba tumultos o se negaba a alistarse en el ejército²². Por ello, la corrupción de los Tarquinos

¹⁹ *Ibid.*, 7.1.

²⁰ *Ibid.*, «Prólogo» y 3.5.

²¹ N. Machiavelli, *The Discourses*, cit., p. 387 (3.1).

²² *Ibid.*, p. 114 (1.4).

se corrigió mediante su expulsión por los patricios; la corrupción de la nobleza por los tumultos de los plebe, que continuó organizando más tumultos y planteando cada vez más demandas²³. Sin quedar satisfechos con uno de los consulados para la plebe, buscaron tener los dos, y tras ello «la censura, los cargos de pretor y todos los grandes puestos de la ciudad». Maquiavelo atribuye la secuencia final de las demandas de la plebe a la corrupción que líderes populistas como los Gracos y Cayo Mario habían sembrado entre el pueblo²⁴. Pero olvida que tumultos anteriores también se habían debido al partidismo (y por ello a la corrupción), y que entre los Tarquinos y los Gracos la Roma republicana no era tanto una sociedad sin corrupción como una sociedad con el grado justo de corrupción. (Sin embargo, esta afirmación que hace en 1.6 implica que planea limitar la discusión «a pueblos donde la corrupción no ha llegado demasiado lejos y en los que todavía hay más bondad que podredumbre»)²⁵.

En el relato de Maquiavelo hay una ambigüedad inherente en el hecho de que la corrupción debe estar presente para que se muestre ausente. Ninguna república puede ser libre a no ser que esté por lo menos parcialmente no corrupta, pero el test del tumulto no puede demostrar esa libertad a no ser que la república sea también parcialmente corrupta. El test del tumulto no distingue entre lo corrupto y lo no corrupto; más bien proporciona una medida de la corrupción. No es un experimento, sino un modelo. Todo esto sugiere que la corrupción puede ser tan responsable de las transiciones políticas positivas que describe Maquiavelo, como de las negativas. En este caso, quizá la corrupción tiene un papel similar que desempeñar en nuestra propia sociedad y sus instituciones.

Maquiavelo en la poscolonización

Los problemas de la temprana república romana pueden considerarse muy alejados de los problemas de la modernidad y la interpretación que hace Maquiavelo de ellos (especialmente su énfasis en la guerra y en la necesidad de la expansión territorial) parecería que tiene poca relevancia en relación al Estado-nación contemporáneo. Sin embargo, su relato de la corrupción encontró una nueva aplicación en la primera generación de intelectuales que se especializaron en estudios del desarrollo, durante un periodo en el que los resultados de la descolonización algunas veces

²³ *Ibid.*, p. 112 (1.3) y 223 (1.46).

²⁴ *Ibid.*, p. 116 (1.5) y 158 (1.17).

²⁵ *Ibid.*, p. 154 (1.16).

parecían cumplir su expectativa de que un pueblo que se liberaba del dominio extranjero «de inmediato regresa al yugo»²⁶. Y estas obras, leídas a contracorriente de la tendencia política de sus autores, proporcionan un conjunto superpuesto de coordenadas dentro del cual los contornos del presente emergen con más claridad.

En su ensayo «Political Development and Political Decay» (1965) y en su libro posterior, *Political Order in Changing Societies* (1968), Samuel Huntington sostenía que la política está gobernada por «el conflicto entre la movilización y la institucionalización». La estabilidad política depende «de la relación entre la institucionalización y la participación», de manera que cuando la participación política aumenta como resultado de la movilización social, las instituciones políticas de la sociedad se deben adaptar para que se mantenga la estabilidad. Sin unas instituciones fuertes y adaptables, el aumento de la movilización provocará inestabilidad y violencia²⁷. Este es un problema especial en el contexto del desarrollo cuando los grupos étnicos y religiosos existentes se complementan con alianzas profesionales y de clase. Se vuelve más difícil mantener el orden, porque la movilización social sobrepasa fácilmente a la adaptación de las instituciones políticas, socavando las formas tradicionales antes de que se establezcan y funcionen formas nuevas. A no ser que se modere, la modernización y la movilización social producen «deterioro político»²⁸.

Utilizando la movilización y la institucionalización como variables, Huntington describe cuatro formas ideales de gobierno definidas sobre la base del grado de institucionalización y movilización: (1) aquellas con niveles elevados de ambas son «formas de gobierno modernas, desarrolladas y cívicas»; (2) aquellas con una movilización elevada y una institucionalización reducida son formas de gobierno corruptas; (3) aquellas con una elevada institucionalización y una baja movilización son formas de gobierno contenidas y (4) aquellas con niveles bajos de ambas son formas de gobierno primitivas²⁹.

²⁶ *Ibid.*, pp. 153-154 (1.16).

²⁷ Samuel Huntington, «Political Development and Political Decay», *World Politics*, vol. 17, núm. 3, 1965, p. 386; *Political Order in Changing Societies*, New Haven (CT), 1968, pp. 79, 47 [ed. cast.: *El orden político de las sociedades en cambio*, Barcelona, 1980].

²⁸ S. Huntington, *Political Order in Changing Societies*, cit., p. 86.

²⁹ S. Huntington, «Political Development and Political Decay», cit., pp. 408-409.

CUADRO I. Ordenamiento político

		Institucionalización política	
		<i>Alta</i>	<i>Baja</i>
Movilización social	<i>Alta</i>	Cívica	Corrupta
	<i>Baja</i>	Contenida	Primitiva

Huntington se centra especialmente en unidades políticas con una relación institucionalización/ participación baja donde «las ambiciones privadas raramente son frenadas por la autoridad pública y donde el papel del poder (es decir, de la riqueza y la fuerza) está maximizado». Vincula explícitamente esta discusión sobre las formas de gobierno corruptas con el relato de Maquiavelo de la corrupción, describiendo a las sociedades con instituciones políticas débiles como carentes tanto de la capacidad de «poner freno a los excesos de deseos personales y localistas» como de los medios para definir y llevar a cabo «intereses comunes». Los ejemplos clásicos los proporcionan sociedades en vías de desarrollo en las que las instituciones tradicionales se han debilitado o colapsado, cuyo resultado es «una forma de gobierno corrupta con un elevado grado de participación, pero un bajo nivel de institucionalización»³⁰.

Este relato en conjunto remite fácilmente al discurso de Maquiavelo, añadiendo las perspectivas de la sociología política a un esquema obtenido de la política antigua. No solo hay una clara afinidad entre la política corrupta de Huntington y el relato de Maquiavelo de la corrupción en la República de Florencia –donde la movilización de diversas facciones desborda a las instituciones políticas proyectadas para representarlas–, sino que la analogía llega más lejos. La Roma republicana, donde los tumultos son inofensivos, surge como ejemplo de lo que Huntington hubiera llamado una forma de gobierno cívica. Con niveles elevados tanto de institucionalización como de movilización, las movilizaciones sociales provocan cambios institucionales por mor de los cuales se crean

³⁰ S. Huntington, *Political Order in Changing Societies*, cit., p. 81; «Political Development and Political Decay», cit., pp. 411 y 409.

nuevas instituciones (por ejemplo, los tribunales de la plebe), que canalizan productivamente la futura participación política. Por el contrario, Esparta y Venecia resultarían ser Estados contenidos (la primera, una monarquía; y la segunda, una aristocracia) caracterizadas por una ausencia casi total de movilización social y la no participación de la plebe en la vida política. El control social se ejerce a través del Estado y en el caso de Esparta –donde los hombres estaban obligados a comer juntos diariamente, separados de sus familias–, cualquier forma de lazo social que pudiera competir con la lealtad a la forma de gobierno queda rigurosamente excluida.

Tomados juntos, los posibles resultados del test de tumultos de Maquiavelo, producirían una matriz que sería como esta:

CUADRO 2. Test de tumultos

		Institucionalización política	
		<i>Alta</i>	<i>Baja</i>
Movilización social	<i>Alta</i>	Roma	Florenia
	<i>Baja</i>	Esparta/Venecia	

En las formas de gobierno contenidas, donde las instituciones políticas son fuertes y la movilización baja, no hay tumultos; los tumultos resultan inofensivos en formas de gobierno cívicas, donde hay un equilibrio entre las dos y aquellos socavan las formas de gobierno corruptas en las que las instituciones no responden a las fuerzas sociales que producen malestar. Como una forma de participación política no institucionalizada, el propio tumulto cuenta como una forma de movilización social de manera que una razón por la que los tumultos dañen a un Estado corrupto, en el que por definición la movilización social ya supera a la institucionalización, es que éstos amenacen con desequilibrar la balanza todavía más.

El índice de corrupción implicado por la tipología anterior es la relación entre movilización social e institucionalización política. Es bajo en

Esparta y Venecia, productivamente equilibrado en la Roma republicana y excesivamente alto en Florencia. Maquiavelo utiliza el concepto de corrupción para describir la transición desde formas de gobierno cívicas a corruptas, desde formas en las que los tumultos son inofensivos o beneficiosos a otras donde no lo son. Pero el paso desde una república sin tumultos (un Estado contenido) a una donde los tumultos son beneficiosos (una forma de gobierno cívica) también debe implicar movilización social. En otras palabras, la corrupción, la creciente proporción del bien privado respecto al público, es la que impulsa el paso desde un Estado como Esparta o Venecia a uno como Roma, igual que impulsa el paso desde una república como Roma a una como Florencia.

¿Cómo puede describirse esta movilización? En «The Soft State in Underdeveloped Countries», Gunnar Myrdal identificaba naciones en vías de desarrollo en las que este proceso se había producido como Estados «blandos» en vez de «fuertes». Los Estados blandos se caracterizaban por «una falta general de disciplina social» y por «una inclinación general del pueblo [...] a resistirse a los controles públicos y a su implantación»³¹. En India, por ejemplo, la técnica de Gandhi del *Satyagraha* había movilizado lealtades comunales preexistentes en contra del gobierno colonial y dejó un legado de «actitudes anárquicas que se volvieron en contra de los nuevos gobiernos autóctonos»³². Myrdal consideraba el ablandamiento del Estado indio como un peligro para la democracia, pero como sostuvo posteriormente Amartya Sen, este ablandamiento había evitado las repetidas hambrunas que se produjeron durante el «Estado duro» del dominio colonial³³.

De hecho, un Estado blando no tiene que significar necesariamente una reducción del nivel general de control social. Como enfatizaba Joel Migdal en *Strong Societies and Weak States* (escrito en parte bajo el patrocinio de Huntington, pero modificando sustancialmente sus conclusiones), la indisciplina social endémica no es el resultado de la desviación personal, sino que refleja un conflicto subyacente sobre si es el gobierno o son otras organizaciones –familias, grupos étnicos o religiosos, organizaciones empresariales– las que establecen las normas. El control social puede estar centralizado en un Estado fuerte (en el sentido

³¹ Gunnar Myrdal, «The “Soft State” in Underdeveloped Countries», en Paul Streeten (ed.), *Unfashionable Economics*, Londres, 1970, p. 229.

³² *Ibid.*, p. 233 (cf. Gunnar Myrdal, *Asian Drama*, Nueva York, 1968, vol. 2, pp. 897-898).

³³ *Ibid.*, p. 235; Amartya Sen, «Political Rights versus Economic Needs», Rothschild Foster Human Rights Trust Lecture, 1993.

estricto del gobierno y sus instituciones) que domina una sociedad débil o puede estar fragmentado entre organizaciones sociales verdaderamente autónomas, que juntas crean una sociedad fuerte, mientras dejan los poderes coercitivos y administrativos del gobierno relativamente débiles³⁴. Ablandar el Estado en su conjunto supone un traslado desde un marco normativo a otro. Pero no siempre trae la ruina. La corrupción puede producir tanto la transformación como el desastre.

Nosotros los venecianos

¿Qué podría revelar actualmente el test del tumulto de Maquiavelo? La década de 1990 asistió a un considerable malestar social en China, México, Indonesia y Tailandia, y la siguiente ha sido un periodo de crecientes tumultos a escala mundial. En algunos casos (por ejemplo Libia y Siria), la movilización ha superado claramente a la institucionalización con resultados catastróficos; en otros (por ejemplo, Islandia y Myanmar), los tumultos han conducido a un cambio constitucional de manera más pacífica. De acuerdo con un estudio, alrededor del 37 por 100 de las protestas del periodo 2006-2013 alcanzaron por lo menos alguno de sus objetivos³⁵. Pero ha habido otros lugares, especialmente países del núcleo neoliberal como Estados Unidos y Reino Unido, donde las protestas políticas han sido reducidas, esporádicas e ineficaces.

Esto es sorprendente habida cuenta de las sólidas tradiciones de disidencia política de ambos países durante el siglo pasado y de lo que Ralph Miliband denominó la «desubordinación» de las décadas de 1960 y 1970³⁶. En *The End of Protest*, Alasdair Roberts atribuye este cambio a la creciente intolerancia hacia el malestar público en las sociedades de mercado, a la efectividad de la represión policial (cambios legales con unas fuerzas de policía reforzadas para imponerlos) y a la contención (manipulación del espacio urbano, intensificación de la vigilancia y *kettling*), todo ello combinado con el apaciguamiento económico (estímulos fiscales y flexibilización cuantitativa) realizado no por el gobierno, sino por tecnócratas situados en los bancos centrales. El resultado ha sido la atrofia de formas tradicionales de organización de masas y el fracaso de las nuevas formas de protesta basadas en las redes para ocupar su lugar³⁷.

³⁴ Joel Migdal, *Strong Societies and Weak States*, Princeton, 1988, pp. 24-41.

³⁵ Isabel Ortiz *et al.*, *World Protests 2006-2013*, Initiative for Policy Dialogue and Friedrich Ebert Stiftung Working Paper, Nueva York, 2013, p. 37.

³⁶ Ralph Miliband, «A State of De-subordination», *British Journal of Sociology*, vol. 29, núm. 4, 1978.

³⁷ Alasdair Roberts, *The End of Protest: How Free-Market Capitalism Learned to Control Dissent*, Ithaca (NY), 2013.

En términos de Maquiavelo, los Estados que encabezaron la revolución neoliberal han pasado a formas de gobierno sin tumultos. Y la relativa ausencia de malestar político puede explicarse no solo en términos de represión y apaciguamiento, sino por la subyacente falta de movilización social y la debilidad de la sociedad en relación a las instituciones del Estado. La afiliación sindical ha descendido con drásticas consecuencias para los niveles de perturbaciones en la industria³⁸. Y durante el mismo periodo, como han demostrado Peter Mair y otros autores, la afiliación y la militancia en partidos políticos ha descendido tanto en Europa como en Estados Unidos, quizá especialmente en el Reino Unido (hasta el repunte producido con Jeremy Corbyn)³⁹.

Estos acontecimientos no son producto del azar. Como ha sostenido Wolfgang Streeck, reflejan la inherente contradicción del «capitalismo democrático», esto es, «una economía política gobernada por dos principios o regímenes en conflicto sobre la asignación de recursos: uno que funciona de acuerdo con la productividad marginal –o lo que se presenta como mérito dentro del “libre juego de las fuerzas del mercado”– y otro basado en la necesidad o el derecho social, como certifican las elecciones colectivas de las políticas democráticas». Los gobiernos han intentado utilizar diversos recursos (tolerancia de la inflación, aceptación de la deuda pública y desregulación del crédito privado) para reconciliar los dos principios, pero el estado normal del capitalismo democrático es de conflicto entre los mercados y las políticas democráticas. La consecuencia inevitable es que, en la medida en que los gobiernos se alinean con el mercado, se verán obligados a recortar formas de expresión democrática capaces de perturbar el fluido funcionamiento de las fuerzas del mercado. El resultado es que los ciudadanos quedan «despojados de sus defensas democráticas y de su capacidad para que se reflejen en la economía política intereses y demandas, que no tienen nada en común con las de los propietarios del capital»⁴⁰.

La respuesta de Streeck a esta situación es la de Maquiavelo: la esperanza de que el mercado quedará controlado por «disturbios callejeros y por la insurrección popular [...] el último modo de expresión política que

³⁸ Fuente: OCDE.

³⁹ Peter Mair, *Ruling the Void: The Hollowing Out of Western Democracy*, Londres y Nueva York, 2013.

⁴⁰ Wolfgang Streeck, «Las crisis del capitalismo democrático», *NLR* 71, noviembre-diciembre de 2011, pp. 7, 29.

queda para aquellos que carecen de poder de mercado»⁴¹. Sin embargo, la evidencia sugiere que eso no ha estado sucediendo en el núcleo de países capitalistas y, como señaló Karl Polanyi hace muchos años, la economía de mercado ha demostrado ser «más alérgica a los disturbios que cualquier otro sistema económico que conozcamos». A comienzos del periodo moderno, los gobiernos toleraban los disturbios como un medio de hacer públicas las quejas, pero con el ascenso del mercado las actitudes se endurecieron. Cualquier asomo de desorden público era una potencial amenaza para las cotizaciones bursátiles y «una alteración del orden público en las calles de la metrópolis podía destruir una parte sustancial del capital nominal nacional». El capital nunca puede sentirse seguro a no ser que la totalidad de las fuerzas susceptibles de revertir las reglas del mercado «sean eliminadas del escenario político»⁴². Un «Estado de mercado» (es decir, un Estado cuyo único criterio normativo sea la eficiencia del mercado) siempre aspira a ser un Estado contenido en el que el gobierno es fuerte y la sociedad débil. Sin embargo, en vez de tratar de mantener y reforzar normas sociales y legales tradicionales, tiene un sistema de incentivos y sanciones diseñado «para evitar la inestabilidad social que amenaza el bienestar material»⁴³.

Como reconocieron desde un principio los teóricos del neoliberalismo, la propia política es susceptible de distorsionar el mercado. De acuerdo con Milton Friedman, «el defecto fundamental del mecanismo político [es decir, de la democracia] es que es un sistema de voto extremadamente ponderado bajo el cual los intereses especiales tienen un gran incentivo para promover sus propios intereses a expensas del interés público en general»⁴⁴. Simplemente reuniendo una coalición para formar una mayoría, las facciones pueden tomar el control de gobiernos en su propio beneficio mientras hacen que todo el mundo pague los costes. El mercado, donde todo el mundo paga sus propios gastos y tiene interés en recibir valor a cambio de dinero, es quien más efectivamente representa el interés general.

⁴¹ *Ibid.*, p. 28.

⁴² Karl Polanyi, *The Great Transformation* [1944], Boston, 2001, pp. 196-197; ed. cast.: *La gran transformación*, Barcelona, 2016]. Los disturbios en Londres en 2011, por ejemplo, coincidieron con el punto más bajo del FTSE 100 de todo el año, Peter Atwater, *Moods and Markets*, Londres, 2012, p. 48.

⁴³ Philip Bobbitt, *The Shield of Achilles: War, Peace and the Course of History*, Londres, 2003, p. 229.

⁴⁴ Milton Friedman, citado en Andrew Gamble, «The Free Economy and the Strong State: The Rise of the Social Market Economy», *Socialist Register*, vol. 16, 1979, p. 8.

Es fácil de ver cómo la ecuación de Friedman sobre el gasto de dinero y el voto se traduce en lo que Streeck llama «la democracia económica del capitalismo, un dólar, un voto» en donde los intereses económicos de aquellos que poseen poder de mercado se equiparan con el interés general⁴⁵. El Estado de mercado (el «Estado consolidación» de Streeck) es una clase particular de Estado contenido, una plutocracia en la que el interés público es el resultado agregado del intercambio privado y en el que la participación política se ha vuelto, casi por definición, una forma de corrupción, porque debe representar algún interés privado o de facción en vez del bien público de mercado. Como Venecia, gobernada por una élite mercantil, que había logrado excluir al resto de la población de la participación política, el Estado de mercado ideal es una plutocracia que no se vea moderada por los disturbios, ni por la política misma⁴⁶.

La corrupción desde abajo

Para que un Estado contenido se transforme en una forma de gobierno cívica necesita ablandarse. El modelo de Huntington prevé el crecimiento de la movilización social a través de la modernización. ¿Pero cómo puede producirse la movilización en Estados de mercado donde la posmodernidad ha traído la desmovilización social? Maquiavelo estaba preocupado por hacer que Florencia se pareciera más a Roma, y no entra a considerar cómo la República veneciana podría haberse vuelto más parecida a la romana. Sin embargo, sí identifica las condiciones bajo las cuales un Estado queda libre de corrupción y disturbios, siendo posible constatar cómo estas condiciones podrían invertirse para alcanzar el resultado opuesto.

La clave de la imperturbable estabilidad de Esparta y Venecia era la exclusión de los extranjeros. Esparta hacía todo lo posible para impedir que los extranjeros se establecieran o se casaran allí, mientras que Venecia excluía a los que llegaban de cualquier derecho político. La primera condición para un incremento de la movilización social es por ello la apertura a la entrada de emigrantes. De acuerdo con Maquiavelo, «hay dos maneras de adquirir esta gran población: por amistad o por la fuerza. Se produce por amistad, cuando la vía se mantiene abierta

⁴⁵ Wolfgang Streeck, *The Rise of the European Consolidation State*, MPIFG Discussion Paper 15/1, Colonia, 2015, p. 25.

⁴⁶ La analogía con Venecia se analiza en Chrystia Freeland, *Plutocrats: The Rise of the New Global Super-Rich*, Londres, 2012, pp. 277-285.

y segura para los extranjeros, que se proponen venir y habitar allí de manera que todo el mundo está contento de hacerlo». Roma utilizó los dos métodos y creció en consonancia, por ello «parece haber sido más tumultuosa y no haber estado tan bien gobernada como estaban ellas [Atenas y Esparta]»⁴⁷.

Sin embargo, la inmigración puede no ser suficiente. En opinión de Maquiavelo, la causa habitual de desunión en una república es la «ociosidad y la paz»⁴⁸. Si una nación «no tiene ninguna necesidad de ir a la guerra, entonces la ociosidad la hará afeminada o dará lugar a facciones, y ambas cosas, juntas o por separado, producirán su caída»⁴⁹. Maquiavelo expone esta cuestión con más detenimiento en el primer libro de los *Discorsi*, donde se pregunta si sería mejor elegir una tierra desértica o una fértil para construir una ciudad. Su respuesta es que en principio sería mejor elegir la desértica «de manera que los hombres tendrían que ser trabajadores y menos propensos a la ociosidad». Pero para tener los recursos para defenderse del ataque del enemigo, una ciudad necesita establecerse en un terreno fértil y compensarlo con «leyes que impongan la necesidad de trabajar, la cual no viene impuesta por la situación»⁵⁰. El único obstáculo para ello es el cristianismo, «una religión de ocio», que promueve la indolencia contemplativa y ha fracasado en infundir las virtudes marciales⁵¹.

De acuerdo con Maquiavelo, la cordialidad hacia los extranjeros y el aumento de la ociosidad, –dos requerimientos aparentemente poco exigentes– deberían ser suficientes para asegurar las facciones y los tumultos, porque los inmigrantes se encuentran normalmente en desventaja respecto a los habitantes originarios, lo cual constituye la base de la división social. La ociosidad facilita el tiempo y la oportunidad necesarios para formar facciones y crear tumultos, no solo los tumultos que producen daños, sino aquellos necesarios para alcanzar la renovación o el cambio (aunque Maquiavelo pasa por alto este punto). Las democracias occidentales contemporáneas están cada vez más despolitizadas, con bajos niveles de participación y mínimo malestar social. ¿Podría ser la fórmula de la corrupción de Maquiavelo todavía aplicable y de serlo, cuál sería el procedimiento para adoptarla?

⁴⁷ N. Machiavelli, *The Discourses*, cit., p. 281-282 (2.3).

⁴⁸ *Ibid.*, p. 123 (1.6).

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 360 (2.25) y 123 (1.6).

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 102-103 (1.1).

⁵¹ *Ibid.*, p. 278 (2.2).

Mantener el camino abierto y seguro para potenciales migrantes no es actualmente una prioridad en Europa o en el mundo anglosajón, pero el argumento para hacerlo puede hacerse de manera totalmente independiente de Maquiavelo. No solo los actuales controles fronterizos son ineficaces, sino que hay una fuerte argumentación a favor de las fronteras abiertas sobre bases tanto igualitarias como libertarias. Habida cuenta de que las desigualdades económicas más importantes son las que se registran entre naciones y no en el seno de estas, y que las migraciones y las remesas de dinero resultantes son una de las maneras más efectivas de abordarlas, resulta difícil entender cómo partidario alguno de la igualdad puede ignorar la necesidad de mayores flujos migratorios hacia los países ricos del Norte global⁵². Más importante, no parece haber una razón lógica para que se niegue a la gente la libertad de movimiento, no solo dentro sino también entre las naciones, en vez de estar limitadas por arbitrarias fronteras físicas y políticas, que impactan significativamente en sus oportunidades de vida y en su capacidad de autodeterminación⁵³.

Con el declive del monacato, la argumentación religiosa a favor de la ociosidad tiene menos aceptación de la que tuvo en su momento. Pero en el Estado de mercado, donde cada minuto del día ha quedado colonizado por el capitalismo, el derecho a no hacer nada, a estar distraído o incluso simplemente a dormir, ha adquirido una intensificada importancia⁵⁴. La idea de una renta básica universal (actualmente ensayada en varios países y objeto de un referéndum en Suiza en 2016), se ha propuesto como una alternativa simple, eficaz e igualitaria a las formas existentes de prestaciones sociales. También tiene por resultado reequilibrar las actitudes respecto al empleo, favoreciendo el autodesarrollo y el trabajo afectivo. Y mientras que es poco probable que convenza a la gente para que renuncie a su empleo, elimina el estigma de ociosidad de los subsidios gubernamentales y proporciona una nueva base para la libertad frente al trabajo que, desde hace mucho tiempo, ramas del pensamiento libertario y marxista han considerado deseable⁵⁵.

⁵² Véase Richard Adams y John Page, «Do International Migration and Remittances Reduce Poverty in Developing Countries», *World Development*, vol. 33, núm. 10, 2005.

⁵³ Véase, Joseph Carens, *The Ethics of Immigration*, Oxford, 2013. El argumento económico se encuentra en Philippe Legrain, *Immigrants: Your Country Needs Them*, Princeton, 2007. Más información se puede encontrar en penborders.info.

⁵⁴ Jonathan Crary, *24/7: Late Capitalism and the Ends of Sleep*, Londres y Nueva York, 2013.

⁵⁵ Sobre la renta básica véanse los informes de la página web de la Basic Income Earth Network, basicincome.org. Las opiniones sobre el tema de la libertad frente

En las democracias occidentales, la inmigración y el futuro del Estado del bienestar son dos áreas claves de debate político a largo plazo. Dentro de estos debates, las fronteras abiertas y la renta básica son opciones reales, que están ganando terreno por encima de las tradicionales divisiones políticas. Sin embargo, las dos políticas se discuten habitualmente por separado, debido a la incertidumbre sobre sus potenciales efectos combinados. Maquiavelo nos anima a que las reunamos juntas y veamos lo que está en juego. A menudo se asume que combinar las fronteras abiertas con la renta básica sería imposible, debido al efecto llamada de las previsiones sociales. La evidencia disponible sugiere que cualquier efecto semejante podría ser más limitado de lo previsto, pero no hay ninguna duda de que habría nuevas oportunidades para el parasitismo⁵⁶. Las fronteras abiertas y la renta básica significarían más inmigración y más ociosidad y, muy probablemente, más inmigrantes ociosos.

Por ello, desde determinado punto de vista, la fórmula de Maquiavelo sobre la corrupción parece una estrategia para llenar un país con inmigrantes desempleados, que puedan formar bandas y ocasionar disturbios en las calles. Los defensores más elocuentes de esta perspectiva, el propio Samuel Huntington y el periodista conservador Christopher Caldwell, consideran que incluso las actuales políticas de inmigración y protección social dan lugar a una población extranjera carente de una ética del trabajo, cuyas lealtades fundamentales están con intereses de facción en vez de con el interés público⁵⁷. Maquiavelo no descartaría por entero sus

al trabajo van desde Paul Lafargue, *The Right to Be Lazy* [ed. cast.: *El derecho a la pereza*, Madrid, 2011], Londres, 1883, a Nick Srnicek y Alex Williams, *Inventing the Future: Postcapitalism and a World without Work*, Londres y Nueva York, 2015.

⁵⁶ Alex Boso y Mihaela Vancea, «Basic Income for Immigrants? The Pull Effect of Social Benefits on Migration», *Basic Income Studies*, vol. 7, núm. 1, 2012. La distribución de grano en la República romana, sin tener en cuenta los recursos de los individuos, levantó las mismas discusiones. Véase Alessandro Cristofori, «Grain Distribution in Late Republican Rome», en Henrik Jensen (ed.), *The Welfare State: Past, Present, Future*, Pisa, 2002, pp. 141-151.

⁵⁷ Samuel Huntington, *Who Are We? The Challenges to America's National Identity*, Nueva York, 2004, y Christopher Caldwell, *Reflections on the Revolution in Europe*, Londres, 2009. El reciente voto a favor del Brexit en el referéndum sobre la UE y la nominación de Donald Trump (que propone construir un muro a lo largo de la frontera con México) como candidato del Partido Republicano en Estados Unidos, son testimonios de la actual fuerza electoral de esta perspectiva. Maquiavelo hubiera reconocido estas campañas para «tomar el control de las fronteras» como típicos intentos de detener la corrupción interna mediante la exclusión de los extranjeros. En el contexto del neoliberalismo, ambas campañas parecerían estar dirigidas a endurecer los Estados de mercado en peligro de ser ablandados por su demanda de mano de obra barata.

argumentos, pero en vez de preguntar, como hace Caldwell —«¿Puede Europa ser la misma con gente diferente en ella?»—, Maquiavelo hubiera preguntado: «¿Puede Europa ser diferente con la misma gente en ella?».

Mientras que Huntington describía la movilización social en los países en vías de desarrollo como la consecuencia de la aparición de nuevos grupos profesionales y económicos, que complementaban las divisiones sociales tradicionales, en el Estado del mercado es más probable que la movilización social se produzca a través de la aparición de nuevos agrupamientos étnicos y religiosos que complementan divisiones económicas existentes, desmovilizadas y subordinadas de nuevo por el neoliberalismo. En la Europa contemporánea, lo que Maquiavelo hubiera llamado tumultos ya se apoyan con fuerza en la participación de inmigrantes de segunda generación y de la población económicamente inactiva (es decir, estudiantes y desempleados)⁵⁸. La fuerte correlación existente entre desempleo y etnicidad proporciona en sí misma una razón para la protesta, pero puede afirmarse que ambos factores considerados independientemente también la hacen posible, confirmando la suposición de Maquiavelo de que la facción es un requisito previo para el tumulto no solo porque proporciona una motivación compartida, sino también porque ofrece a los individuos apoyo comunitario⁵⁹.

Una investigación reciente de Carew Boulding, que revisa las hipótesis de Huntington sobre la relación entre instituciones políticas y movilización social en el contexto sudamericano, confirma que esta última ni fomenta la colaboración moderada con las instituciones del Estado o, a la inversa, es inherentemente desestabilizadora y susceptible de llevar a la violencia callejera o a la guerra civil, sino que puede tener diferentes impactos en función del contexto político en el que se produzca. Como sostenía Maquiavelo, puede dañar o sostener al Estado, dependiendo de la calidad de sus instituciones políticas. Realmente, Boulding señala que «en la medida en que el gobierno permanece por encima de un umbral democrático», «incluso una acción política muy controvertida [...], a menudo supone un apoyo para los sistemas democráticos»⁶⁰. Esto sugiere que en un Estado contenido que es por lo menos residualmente

⁵⁸ Véase *The Guardian*/LSE, *Reading the Riots: Investigating England's Summer of Disorder*, Londres, 2011, y Olivier Roy, «The Nature of the French Riots», 2005, disponible en riotsfrance.ssrc.org.

⁵⁹ Carew Boulding, *NGOs, Political Protest and Civil Society*, Cambridge, 2014, pp. 9-10.

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 41 y 9.

democrático, el tumulto siempre es beneficioso en vez de perjudicial, porque o bien promoverá el cambio legislativo popular o bien, cuando no alcanza esa aspiración –o realmente carezca por completo de ella– promoverá la movilización social, que es la condición previa para alcanzarla en el futuro. Más que apuntar a la conclusión de que el tumulto no tiene sentido, leer a Maquiavelo sugiere que en un Estado contenido es donde el tumulto puede tener sus efectos más beneficiosos.

Maquiavelo se distingue no por considerar ineludible el antagonismo, sino por considerarlo en cierta medida deseable. Lejos de demostrar que el conflicto es una característica permanente de todo Estado, resalta que ha habido repúblicas libres de «animosidades y tumultos», como Esparta y Venecia, y describe los mecanismos a través de los cuales se evitaban estos últimos. Por ello, su relevancia contemporánea radica en que muestra cómo sería posible escapar de la contención y hacer una transición abandonando el Estado del mercado. Pero como siempre, tener en cuenta los consejos de Maquiavelo exige un cierto grado de reorientación. Para los críticos del capitalismo es axiomático que el Estado de mercado sea corrupto y necesite una reforma. Maquiavelo sugiere una respuesta diferente: que no es suficientemente corrupto y necesita un ablandamiento.